

mal alguno, suelta hoy su presa? ¿Acaso ninguna fuerza despojadora entiende que se discuta la justicia? ¿Acaso los que subyugan las naciones no están decididos á exterminarlo todo con tal de conservar los despojos de los muertos? ¿Acaso no hay siempre, por todos lados, voces dispuestas á justificar los crímenes mas horrendos? ¿Acaso no hay una nueva decadencia del linaje humano en la vida animal? ¿Acaso puede ser reparada esta nueva caída por ninguna fuerza humana? Y cuando se espera un renacimiento moral y la vuelta á las virtudes regeneradoras y al reinado de la justicia, ¿acaso los hombres de experiencia práctica pueden prescindir de sonreirse tristemente? ¿Y no tienen muchísima razón para ello, si Jesucristo, con su fortaleza sobrenatural, capaz de levantar el peso del mundo entero, no interviene y vuelve á comenzar lo que ha hecho ya, como cuando curó en dos veces al ciego? Y si lo hace, si nos levanta de nuevo hácia la justicia, hácia la luz, la union y la libertad en la justicia; si nos trae, no el reinado absoluto, sino solamente el progreso suficiente de ese ideal imposible, ¿qué será él entónces para vosotros? ¿Comprendéis ahora la fortaleza, la belleza y la majestad de ese muerto siempre insultado, pero siempre adorado, que vive siempre, que reina siempre y que salva y vivifica siempre?

CAPÍTULO VI.

Procuró ver vuestra belleza, Señor, contemplando sucesivamente vuestra inteligencia, vuestro valor y vuestra fortaleza, vuestro amor, toda vuestra alma si puedo, y aun vuestro mismo cuerpo. Voy sin orden en la contemplacion de esta deslumbradora belleza; pero no quiero meditar vuestro amor sino al fin.

¡ Puedo atreverme á meditar á Jesucristo en su cuerpo, en esa vida corporal que el Verbo quiso revestir para trasfigurarla é inmortalizarla!

Él mismo, en el Evangelio, parece que quiere describir el estado y la vida de su cuerpo con estas palabras que nadie comprende todavía y que contienen la promesa ideal y final del estado posible de los cuerpos¹: « Si tu ojo estuviere puro, todo tu cuerpo « será alumbrado. Si todo tu cuerpo estuviere iluminado, sin tener parte alguna oscura, todo lo de-

¹ Véase el *Conocimiento del alma*, libro IV, cap. IV.

« mas será para ti luminoso, y como antorcha luciente te alumbrará ¹; » palabras de inmensa verdad, en las cuales se ve la mirada del hombre ó la intencion del hombre, con su simple rectitud, trasfigurando poco á poco el cuerpo, y luego el cuerpo haciéndose á su vez para el alma como una antorcha luciente.

Yo creo en una trasfiguracion interior, continua, pero oculta, del cuerpo de Jesucristo. Creo en ella, porque leo en el Evangelio una multitud de rasgos que lo suponen. Creo en ella, porque todo cristiano viviente que ha llevado el cuerpo del Cristo, ó á quien ha tocado el Espíritu Santo, tiene algun conocimiento experimental de este estado del cuerpo del Cristo, estado que San Pablo y otros describen. Creo en ella, porque toda la ciencia del alma y del cuerpo, toda la ciencia de las verdaderas leyes de la vida en todos los órdenes de cosas, converge á ella por todas las líneas. Creo en ella, porque el ideal de belleza me lo muestra.

Concibo, — ¿y quién no lo ha presentado á veces? — ese estado de un cuerpo puro y sano que penetra el espíritu y el alma, y que, á traves del espíritu y

¹ Luc, XI, 34 y 36. « Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum... sicut lucerna fulgoris illuminabit te. »

del alma, penetra á Dios; ese estado verdadero, ese estado límpido y flúido, ese estado luminoso y feliz, en que el ser entero parece que renace incesantemente del agua y del espíritu.

La oracion continua del Cristo, su entera vigilancia, su amor siempre solícito, levantan incesantemente todos los puntos de su cuerpo y todas las fuerzas de su cuerpo hácia el espíritu, el alma y Dios.

Nunca ese quebrantamiento de la vida que, por exceso y por ímpetu, separa las fuerzas fisiológicas de la presencia del alma, de la presencia de la vida racional y de Dios, para sumirlas en un instante de alegría violenta. Nunca esos rompimientos y esas caídas cuyo hábito coloca poco á poco á la mayor parte de los hombres en el estado animal separado.

Nunca esa division de las fuerzas de la vida en dos focos de orgullo y sensualidad que rompen la union y la circulacion de las fuerzas.

Todo su cuerpo, como todo su espíritu, realiza incesantemente la sublime palabra que dijo al fin : « Subo á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios ¹. »

¹ Joann., XX, 17. « Ascendo ad Patrem meum, et Patrem vestrum; Deum meum, et Deum vestrum. »

Lo que nuestros ojos ven que se desarrolla en la sucesion de la historia de las creaciones, en el curso inmenso de la vida de un planeta, eso es lo que siempre se realiza en él.

Vemos, por la ciencia, elevarse la creacion, partiendo de la nube difusa, hasta las formas sólidas y regulares de los mundos, y luego del metal á la planta, de la planta al animal y del animal al hombre; y entónces el hombre, por medio de la religion y de todos los esfuerzos del entendimiento, trabaja por elevarse hácia su Dios, hácia la luz, la vida y la beatitud del Padre. ¿Quién no comprende que ese movimiento universal de ascension, que no es sino la historia misma de la obra de Dios, es al propio tiempo el tipo de lo que el hombre debe realizar incesantemente en todo su ser? Lo que así se desenvuelve por análisis y trascurso de tiempo, en el conjunto del universo, deberia hacerse en compendio en la vida de cada hombre, en cada latido de corazon. ¿No es eso lo que el Regenerador debe operar en su propio cuerpo y enseñarnos á realizar?

El cuerpo de Jesucristo, el mas perfecto de los cuerpos, mantenido siempre en la armonía, sin divisiones, separaciones, ni guerras en este reino, deja circular la vida por doquiera, y volver á subir y bajar, como los ángeles en la escala de Jacob, desde la carne hasta el espíritu y hasta Dios, y desde Dios y

el centro del alma, hasta la carne y los huesos y la médula, dice en alguna parte Bossuet ¹.

Representétese uno la armonía vital mas perfecta que haya habido jamas, al servicio del alma mas grande, del corazon mas esforzado y del valor mas generoso; representétese uno esa vida heróica y sagrada, siempre conmovida de inspiracion, siempre pronta á la muerte, siempre recogida en la paz, fortalecida en la certeza, en la serenidad real, en ese gozo completo que da la union á Dios, y á todo el universo y á todos los espíritus en Dios. En Jesucristo la vida ha tocado el objeto, el objeto supremo hácia el cual se la ve por doquiera subir y tender; ha vuelto á su origen: el círculo universal está completado; señora del cielo y de la tierra, vuelve á subir y á bajar. Desde el átomo mas ínfimo se remonta hasta el Padre de las cosas, y luego del seno del Padre vuelve á descender hasta el último de los seres. ¿Os representáis todas esas fuerzas espléndidas, aunadas, ordenadas; ese compendio del universo, esa vida universal constantemente gobernada en Jesus por el amor y la bondad? ¿Os representáis á Jesus, enfrente de los pobres hombres abatidos de dolor, de los pobres cuerpos enfermos, de los pobres corazones lacerados y de los espíritus esclavos, po-

¹ Discurso sobre el acto de resignacion.

seidos, encadenados; no le veis á él, el mas compasivo de los corazones y el mas fuerte y noble de los bienhechores, no le veis imponiendo con amor sus manos sagradas en la cabeza del enfermo que le llama con fe; levantando los ojos al cielo, invocando á Dios con súplica irresistible; y á traves de su espíritu y su alma, á traves de su pecho y sus manos, haciendo cundir abundantemente la vida, vida creadora y regeneradora, á traves de las almas y los cuerpos de estos seres tan amados? ¿Y no ha hecho eso para mí mismo y no lo hace para vosotros? ¿No lo está haciendo cada dia en cuanto el alma libre se inclina á la bondad, al arrepentimiento, al amor y á la fe? ¡Oh! concibo que cuando imponia las manos á sus apóstoles y les enviaba todo el aliento de su pecho y de su corazon, les dijera: Recibid el Espíritu Santo: *accipite Spiritum sanctum*¹. Sí, concibo el poder de sus ademanes, ademanes verdaderos, movimientos perfectos, siempre penetrados de alma y penetrados de Dios. Comprendo que su mano dominara la naturaleza, lo comprendo en él en quien jamas fué movimiento alguno falso ni vano; en él en quien todo movimiento y todo latido del corazon partia siempre del fondo del alma, del fondo del ser y de Dios mismo, causa primera del movimiento.

¹ Joann., xx, 22.

¿Y quién no ha comprendido en ciertos momentos lo que es y puede ser el movimiento absolutamente verdadero, el movimiento del hombre rey de la creacion, ademan ó mirada dado de Dios y lleno de Dios?

¿Qué decir entónces, os lo pregunto, qué decir de la espléndida belleza, de la plena verdad de expresion de todo su cuerpo y de toda su faz, y de sus labios y del metal de su voz? ¿Y qué debia ser pues su mirada?

Cuando esa inmensa belleza moral siempre actualmente presente é inspirada de Dios: humildad, mansedumbre, paz y serenidad en el valor mas entero y en la fortaleza mas alta que hubo nunca; perspicacia profética y vision intuitiva que penetra las almas y las cosas y los tiempos; misericordia y bondad plenas, amor profundo que se estremece de entusiasmo, hasta la muerte y hasta el don completo de sí mismo: ¡Ah! sí, cuando todos esos destellos de luz y de divina belleza resplandecian por su faz y sus ojos, ¿qué debia ser esa mirada? Una sola de sus miradas conquistaba un apóstol y trasformaba un hombre y arrebatava las almas para siempre. Así debia ser y el Evangelio lo dice. ¿Y no está haciendo todo eso precisamente hoy mismo y desde hace siglos con la mera relacion de su historia y la sola lectura del Evangelio? Esa belleza, ese esplendor se ha grabado, se ha escrito en esas páginas, y la imperfecta

imágen conservada en el papel arrebatada todavía las almas y las arrebatará hasta el fin. ¿Y por qué, sino porque él es el ideal encarnado, ideal que las almas llevan naturalmente en sí y buscan siempre? Se siente, se ve lo que debe ser él, él á quien se espera.

Luego toma las almas atraídas, y como un pescador de hombres ¹, como un buscador de perlas ², como un vendimiador de racimos ³, y como un segador de espigas, las lleva y las pone en su seno, y les dice: Estad en mí y yo en vosotros. Venid, venid á mí, y entrad en la vida. Vosotros todos los que teniais trabajos y estabais cargados, agobiados, heridos, paralizados, cubiertos de lepras, venid hácia la vida plena y hácia toda belleza. Sed perfectos en toda accion, en toda palabra y en todo movimiento interior. « Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. » Y tambien vosotros brillaréis como estrellas en el reino de vuestro Padre.

¹ Matth., iv, 19. « Faciam vos fieri piscatores hominum. »

² Matth., xiii, 45. « Simile est regnum cœlorum homini negotiatori quærenti bonas margaritas. »

³ Matth., xxi, 33, 34. « Homo erat paterfamilias, qui plantavit vineam... Cum autem tempus fructuum appropinquasset, misit servos suos ad agricolas, ut acciperent fructus ejus. »

CAPÍTULO VII.

I.

Nos acercamos á la divina consumacion. Contemplemos ahora el gran resplandor de su belleza, ¡su amor!

Pero aquí, para comprender, hace falta que uno mismo ame.

El que ama cree que puede dar, en todos los sentidos de la palabra, la vida por lo que ama. Tal vez se encuentra ahí el fondo y la razon del misterio de la creacion. Se cree poder dar primero el amor que se tiene, despues inocular lo que se sabe, curar toda tristeza y todo mal y traer al ser amado la gloria, la felicidad plena y la inmortalidad.

Esta esperanza de todo amor verdadero es el sentimiento de una bella maravilla que se realiza plenamente en Jesucristo.

Jesucristo ama y por su amor da todo. Hace pasar á nosotros todo lo que tiene y su vida misma.